
SECCIÓN ABIERTA

LECCIÓN PRONUNCIADA EN EL ACTO
DE GRADUACIÓN DE LA FACULTAD DE DERECHO
DE LA UNED —EN REPRESENTACIÓN DE SU
CLAUSTRO DE PROFESORES—,
EN SEPTIEMBRE DE 2022, COINCIDIENDO CON
LA CONMEMORACIÓN DEL QUINCUAGÉSIMO
ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN

Federico Fernández de Buján
Catedrático de Derecho Romano

Excmo. y Magnífico Sr. Rector, Ilma. Sra, Decana, ilustre colegio de Profesores, queridos estudiantes, principales protagonistas de este solemne Acto.

Alta y dignísima es la tarea encomendada. Agradezco al Prof. José Manuel Guirola, que me ha cedido el privilegio de intervenir en este Acto. *Privilegium*, es voz de hondas resonancias clásicas, por el que me siento favorecido y al tiempo responsabilizado.

La presidencia de nuestro Rector me impulsa a dirigirle unas palabras. A mi juicio, en su mandato rectoral se han vivido unas condiciones extremas, como no recuerdo jamás en los más treinta y dos años que presto servicio en nuestra UNED.

Durante la trágica pandemia y, sobre todo, en las dramáticas jornadas de febrero cuando arreciaba la quinta ola del Covid, y se cuestio-

naba la viabilidad de las pruebas presenciales, la actuación del Rector fue tan excepcional como prodigiosa, eso sí arriesgando su salud.

Por ello, desde el dictado de mi razón —y considerando que es deber de justicia— le agradezco su imponente esfuerzo por hacer, durante estos cuatro años de su mandato, todo aquello que su responsabilidad le decía que «debía hacer» en interés de la Universidad que regía y gobernaba. Ha sido siempre una constante su preocupación y su presencia en nuestra facultad.

No puedo terminar este prefacio sin un emotivo recuerdo a mi querido y admirado Maestro, el Prof. D. Manuel García Garrido que dejó su Rectorado compostelano para ponerse al timón de una nave, que cuando fue botada no era más que una pequeña embarcación de pesca bajura. El proyecto de la UNED, radicalmente novedoso, fue concebido por el Ministro Villar Palasi y suponía una osada aventura que no tenía parangón en todo el continente europeo, pues aunque ya existía la Open británica, ésta no otorgaba titulaciones oficiales.

También me dirijo a mi Decana, y predilectísima discípula, sin la que no concibo hoy, ni siquiera, mi mera existencia en la Universidad, y proclamo la dedicatoria que inserté en uno de mis últimos libros: «A la Prof. Ana Mohino, mi galardón académico máspreciado». Su Decanato pasará a los Anales de la historia de esta Facultad.

Doy ya comienzo a mi breve lección. He decidido, pues la ocasión lo merece, revelar hoy una primicia. Se trata de un ensayo inédito, que estoy concluyendo, y que lleva por título: «Abecedario de un universitario». Discurre acerca de la esencia de la Universidad, desde la reflexión sobre 27 voces, que realizan un periplo por las 27 letras de nuestro alfabeto.

No pretendo ser objetivo, ni mucho menos dogmático. Es «mi visión» sobre nuestra *Alma mater studiorum*. Otros colegas tendrán las suyas. Como comprenderán es imposible, en el tiempo que se me concede en este Acto, enunciar las 27 voces. Por ello las reduzco a 7.

1. CON LA A, ALUMNO

También denominado estudiante. Es la razón de ser de la Universidad. Y así en la Bolonia medieval nace esta institución, ya no-nosecular, como consecuencia de que unos alumnos se agrupan en torno a unos Maestros para recibir lecciones y explicaciones sobre los fragmentos de los juristas romanos recopilados en el Digesto de Justiniano. Y durante dos siglos, los del xii y el xiii, no se estudió más

en la Universidad boloñesa más que Derecho romano, siendo pues éste el motivo, y la causa fundacional, por el que nace la Universidad.

Los «profesores» tenemos este nobilísimo título por Vds. Y por ello para Vds. estudiamos todos los días para enriquecerles con nuestra docencia, que cada curso debe ser renovada.

Cuando un alumno accede al *Alma Mater* debería hacerlo buscando el camino para alcanzar su vocación y también el primer enamoramiento de la que será su profesión.

Una premisa indeclinable del buen alumno universitario debe ser la «inquietud intelectual» que pretenda una formación integral, siendo consciente de que el saber es, *per se*, una tarea siempre inacabada.

Pero Vds. además como estudiantes de la UNED son excepcionales. Su armónica y esforzada combinación de sus obligaciones profesionales y familiares con el esfuerzo de cursar una carrera les convierten en extraordinarios y ejemplares.

2. CON LA B, BIBLIOTECA

El lugar más iluminado del *campus*, más que en el Aula y más que la Red. De la biblioteca irradia la luz encerrada en cada libro. En ella está acumulado el saber de ayer y el de hoy. En ella está, por ello, el germen del saber de mañana.

No es posible la labor intelectual, en ninguna parcela del saber, prescindiendo de lo laborado por los que nos han antecedido en el estudio. Todo está en los libros. No es universitario quien no frecuenta la biblioteca. Es necesario, en todo caso, ir a los libros. Libros básicos, libros de profundización, libros de referencia y libros clásicos.

Asumo, con matiz, la reflexión de Pérez Galdós: «Con paciencia y libros a mano todo se prueba». Aceptado que libros y tiempo son imprescindibles en abundancia para la investigación científica, el matiz que propongo es que, a mi juicio, no «todo» se «prueba» y lo que se «prueba» a veces en las Ciencias sociales y en Humanidades es una prueba provisional, sometida no solo a la revisión de la doctrina, sino también a la posterior revisión del propio autor.

Así, en muchas ocasiones, nuestro saber es un saber provisional y, por ello, penúltimo. Este pensamiento se expresa en esa frase lapidaria del Maestro Laín Entralgo que afirma: «para el hombre, lo último es incierto y lo cierto penúltimo».

Y en la casa de un universitario también la biblioteca debe ser la prueba de su inquietud intelectual, de amplio respiro, que significa que va mucho más allá de sus necesidades profesionales. Y también una inquietud siempre insatisfecha. Así se hará realidad el nobilísimo deseo de querer saber de lo suyo todo lo más que se pueda y de lo demás, al menos un poco. Que ningún saber nos sea ajeno.

Afirma Marañón: «La librería de una persona es su retrato. Tan exacto que no pueden igualarle ni los pinceles más virtuosos ni el mejor biógrafo. Y esa biblioteca personal la conforman los libros que cada cual escoge para su instrucción y también para su solaz o recreo. Unos y otros son sus huellas dactilares».

3. CON LA C, DEFINO DOS REALIDADES COMPLEMENTARIAS: CIENCIA Y CULTURA

Primero la ciencia, cuyo progreso depende de la investigación. No existe Universidad sin ella. Este postulado institucional debe ser trasladado a cada uno los que componemos la comunidad académica, también estudiantes y, aún más, a graduados. Cada uno en una medida dependiente de sus conocimientos y de su posible dedicación.

La Universidad no puede transmitir unos saberes estancos. La ciencia está en continuo avance. Es necesario estar abierto a la creación. Y crear es descubrir y descubrir es aproximar dos ideas que se hallaban separadas.

Ramón y Cajal, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, formulaba un autoanálisis: «¿Es creen que poseo yo aptitudes especiales para la labor científica? Niégolo en redondo»; y concluía: «El secreto es sencillo; se reduce a una conducta y un talante: estudio intenso y perseverancia».

El investigador no nace, se hace, pues los resultados en la investigación son fruto en el uno por ciento de inspiración y en el noventa y nueve por ciento de transpiración. En el mundo de la ciencia, a diferencia del artístico, no existen los autodidactas. Toda persona que penetra en una parcela del saber se aprovecha de los conocimientos alcanzados por otros. Y además necesita a alguien que le dirija. Nadie aprende solo.

Y como complemento de la misión científica, la cultura es fin genuino de la Universidad. Aquella consiste en el progreso en las distintas parcelas individuales del saber. El ideal cultural supone la comprensión del conjunto de ideas sobre las que asentar la existencia humana en su correspondencia con las realidades del mundo. Afirma Ortega

y Gasset que la cultura «es lo que salva del naufragio vital». En gran medida el porvenir de una sociedad depende del cumplimiento del fin cultural que se lleve a cabo en la Universidad.

4. CON LA F, EN CONTRASTE CON LA L, FORMACIÓN VS. INSTRUCCIÓN

El Diccionario de la Lengua española de la Real Academia de España define «formar» como: «Preparar intelectual, moral y profesionalmente a una persona». Es evidente que hoy disponemos de demasiada información y de escasa formación.

En este nuevo siglo los medios, las redes y la Red proporcionan una bulimia informativa que muchos de sus destinatarios no saben procesar y valorar debidamente, porque les falta formación. En la Universidad, la información se corresponde con la instrucción mientras que la formación equivale a la educación. No es lo mismo enseñar que educar. Si reparamos en su etimología «educar» procede del latín *educare* que significa «extraer, sacar de dentro», mientras que «enseñar» deriva de *insignare* que consiste en instruir.

La enseñanza proporciona conocimientos, la educación fomenta actitudes. La primera se transmite, la segunda se inspira. El conocimiento es efímero, lo que hoy enseñamos cabe que mañana haya cambiado. Por ello, la misión del profesor es «aprender a pensar» al alumno. Pensar es cavilar, meditar, discurrir.

Además, con el proceso acumulativo —en infinidad bancos de datos en la Red—, la erudición ha devenido, en muchos casos, estéril. La información es ingente, un mar sin orillas. Mucha solo es como los lípidos grasos y el colesterol, que no solo no alimentan, sino que perjudica al organismo. La formación, fruto de reflexionar, es para el organismo como las vitaminas, claves en el mantenimiento de la salud.

5. CON LA L, LENGUAJE Y POR REMISIÓN LIBRO

Todo universitario debe ser extraordinariamente cuidadoso y por ello estudioso del lenguaje. De nuestro idioma español, hablado por seiscientos millones de personas.

Debemos buscar la palabra precisa. Esa que consigue que se entienda lo que se dice y cuida cómo se dice. ¿*Importa una palabra?* pregunta retóricamente Madariaga y responde «*importa mucho*». Los

mongoles tienen más de ciento expresiones para describir el color de sus caballos, una de ellas es «*reflejo de luna*». Esto prueba el inestimable valor de la palabra, concreta y exacta, que debe usarse en cada circunstancia y en cada contexto.

Y si todo universitario debe utilizar con mimo la palabra, para expresar un significado...en el grado más alto se encuentra el jurista. El Derecho debe rendir culto al lenguaje. Pues un incorrecto uso del mismo puede provocar un desastre en la legislación, la jurisprudencia o la doctrina.

La escritura surge como un desbordamiento de lecturas. Al libro se llega desde la curiosidad intelectual. Cuanto más se lee, mayor es el deseo de descubrir lo que se comienza a intuir. Se logra saber un poco si se lee mucho.

Los buenos libros son amigos en los que siempre se encuentra sabiduría para la mente, refugio para el espíritu y solaz para el corazón. Con estos sentimientos, hace muchos años escribí este poema:

Cuando quieras saber, ábreme,
cuando quieras descansar, disfrútame,
cuando quieras olvidar, léeme,
cuando quieras regalar, envuélveme,
cuando quieras compañía, cógeme,
pero si quieres estar solo, déjame.
Siempre tuyo. El libro.

En este versito un libro se dirige a su lector. Y le expresa, con sencillez y ternura, su disponibilidad y servicio.

Y ya puestos a descubrir alguno de mis poemas desconocidos, unos años más tarde, hace ya muchos, compuse también este «Poema a ese libro preferido»:

A ti mi compañero, a quien siempre quiero tener
en mi mesa, balda o anaquel, para mirar o para ver.
A ti mi compañero, a quien siempre quiero escoger
para leer y releer, para aprender y saber.
A ti mi compañero, a quien siempre quiero tomar
para gozar y disfrutar, para comprar, prestar y regalar.
A ti, mi amigo, con quien siempre quiero estar
para pensar y comentar...

pues contigo ¡querido libro! quiero hablar.

Y entre los libros antepongamos, en ocasiones, aquellos que nos ayudan a descubrir el «qué», que aquellos que se reducen a explicar el «para qué». Lo contrario nos haría caer en un grosero utilitarismo pragmático, con interés reducido a la aplicación del saber. Esto está bien, sin prescindir de aquello.

6. CON LA R, RECTO

Acudo a Roma e identifico lo «recto» con lo «justo». Para ello no hay más que conocer la etimología de voz Derecho que proviene de la expresión latina *directum* que es, también, raíz de expresiones de otras lenguas romances, así: en francés *droit*, en italiano *diritto*, en portugués *direito*, en rumano *drept*, en gallego *dereito* y en catalán *dret*.

Esta expresión se difunde en Roma a partir del siglo iv d. C. En su generalización influye el pensamiento cristiano. Y si recto se reconduce a justo, ello nos aproxima a la *iustitia*. El DRAE, afirma: «Una de las cuatro virtudes cardinales, que inclina a dar a cada uno lo que le corresponde». La definición académica recoge el pensamiento filosófico griego.

Para ser un verdadero universitario se debe ser recto. No podemos cometer injusticias y quedarnos tranquilos. De nada vale a la Universidad el más preclaro científico, si en su actuar es inicuo. Es más demoledor esta actitud para la institución académica, que los beneficios de sus resultados científicos, por excelsos que sean.

7. CON LA Y, YO

Dice el DRAE: «Nominativo del pronombre personal de primera persona.» A mi juicio, conviene desterrar el «yo» en la vida y en la actividad universitaria. Es mejor, en una y otra, hacerlo acompañar siempre del «tú». Juntos hacen un «nosotros» en el que se vive más seguro y feliz.

Tengo para mí que el «yo» es un signo de inmadurez de los que sólo se reconocen a sí mismos, porque son el centro de su reducido universo. Lo propio es «necesitar y ser necesitado» por otros. Somos un resultado de lo que otros han hecho posible que seamos.

La trayectoria vital está surcada de peligros que pueden hacernos zozobrar la nave. Es muy difícil llegar solo a puerto. Ortega afirma: «*Yo soy yo, y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo*». La circunstancia es el mundo vital en el que estamos inmersos. El conjunto de personas con el que nacemos y maduramos.

Los grandes no lo hubieran sido tal, sin la constelación de personalidades que les acompañaron. Así, *ad exemplum*: Aristóteles sin Platón, Adriano sin Trajano, Agustín de Hipona sin San Ambrosio, Tomás de Aquino sin Alberto Magno, Felipe II sin su padre, el Emperador Carlos V, Miguel Ángel sin el mecenazgo de Lorenzo de Medici y los Papas Julio II y Paulo III; Mozart sin su padre, Leopoldo Mozart, o Newton sin Barrow, su Profesor en Cambridge.

Termino mi apunte de abecedario. Y lo hago ofreciendo mi propia definición de Universidad. Un día, hace ya muchos años, me propuse constreñirla a setenta palabras. Y me surgió esto:

Institución secular, también denominada Academia,
delimitada por un ámbito intelectual y cobijada por una bóveda ética,
en el que crece el árbol de la ciencia
y a la que acuden unos estudiantes que anhelan aprender
y se acercan a unos Maestros que cultivan el saber,
generándose entre ellos una convivencia amable de tal intensidad,
que aquellos encuentran en éstos
no solo un caudal de conocimientos, sino un modo de ser.